

SERMON
PREDICADO EN EL TEMPLO DE CAPUCHINAS

8^a-A.

DE LA

VILLA DE GUADALUPE

EL DIA 2 DE JULIO

EN LA SOLEMNE FUNCION,

QUE CELEBRO

LA DIOCESIS DE QUERETARO,

EN HONOR

DE SU NACIONAL PATRONA,

Por el Señor Canónigo Penitenciario

Don Juan Gonzalez.

*Se imprime por disposicion del Ilustrísimo y Reverendísimo
Señor Obispo de la Diócesis.*

LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA

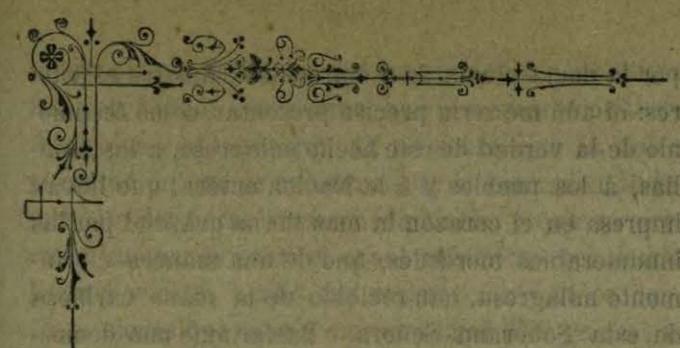
QUERÉTARO.

Imprenta de la Escuela de Artes.

Calle Nueva núm. 10.

1893.

LA DIÓCESIS DE QUERÉTARO
DE SU AYOZAL PATRONA
DE SAN JUAN BAPTISTA
EN LA SOLENNIDAD DE
SU SANTIDAD
PREDICADO EN EL TEMPLO DE CAPUCHINAS
EL DIA 2 DE JUNIO
DE 1831



Non fecit taliter omni nationi.
Ps. 147 v. 20.

Con ninguna nacion hizo tal cos a
Ps. 147 v. 20.

Illmo. y Rmo. Señor:

M. I. y V. Cabildo:

VENGA ahora la soberbia razon, la mentida filosofía y la duda audaz á objetarnos que México dobla la rodilla ante una imágen, obra del hombre! ¡Preséntense en este momento, y con sardónica risa digan: que todo un pueblo se alimenta y vive de ilusiones! ¡Atrévase en fin á negar la autenticidad de la milagrosa Aparicion de la Madre de Dios en México, que quizo quedarse con los mexicanos para enjugar su llanto, remediar sus necesidades y tener en suma con ellos sus mas tiernas y dulces complacencias! ¡Ignorancia! ¡insensatez! ¡malignidad!—Para confundirlas, no necesitaría yo ahora, Señores, recurrir á los incontestables argumentos, mil veces repetidos

por la docta pluma de esclarecidos é ilustres escritores: ni aún me sería preciso presentar, como testimonio de la verdad de este hecho milagroso, a las familias, á los pueblos y á la Nación entera, que llevan impresa en el corazon la mas tierna gratitud por las innumerables mercedes, que de una manera ciertamente milagrosa, han recibido de la mano cariñosa de esta Soberana Señora. Bastariame una demostracion, tan sencilla como la de aquel filósofo, quien, para probar la existencia y verdad del movimiento, que caprichosamente se negaba, se puso en pié, y al moverse exclamó: ¡luego el movimiento existe! ¡Así yo, solamente tendria que señalar con una mano hácia aquella divina y encantadora imagen de María, mostrando con la otra al piadoso auditorio que me escucha! No de otro modo por cierto, que, si alguno hubiese dudado de los portentos, obrados por Dios en favor de su pueblo, en los momentos mismos en que, saltando á torrentes el agua milagrosa de la peña de Horeb, saciaba á un pueblo entero, dejándole contento y plenamente satisfecho, habria bastado señalar á la vez la fuente abierta en la roca, y la satisfaccion y contentamiento del pueblo!

¿No es cierto, Señores, que es imposible confundir las impresiones que se experimentan en la vigilia con las que sentimos en el sueño? ¿No es verdad que es imposible que así pueda ser confundida la apariencia con la realidad? ¿La verdad que se siente y experimenta, con aquello que solo fuese una mera ilusion? En efecto: ¿podeis dudar de los dulces sentimientos en que reboza en estos momentos vuestro pecho? ¿de la plena satisfaccion con que disfruta el corazon, y en suma, de ese placer celestial, que os

tiene como arrobados ante las aras de esa bellissima Imágen, la mas interesante, que presentarse pudiera á los ojos y al corazon? ¿Y no sentís que la dulce saciedad en que os encontraís, se os comunica directamente del tierno corazon de María, y que su preciosa imagen es como el canal misterioso por donde llega á vuestro pecho esa satisfaccion y dulce contentamiento que sabe á eterna dicha? ¡Oh! yo desafío en este momento á esos hombres ingratos y sin corazon, seres degradados por la ingratitud, que han tenido el atrevido intento de burlar la creencia y sentimiento nacional, á que vengan y arranquen del corazon del pueblo queretano, si pueden, la conviccion de la verdad, que hoy con tanta piedad prácticamente profesan, viniendo de lejanas tierras en piadosa peregrinacion á venerar á su augusta y tierna madre, Santa María de Guadalupe!

Me estravió empero, Señores, de mi intento, y estoy seguramente fuera de mi propósito.—Perdonad si he turbado por un momento los tiernos transportes de vuestro piadoso corazon, con recordar la negra ingratitud y torpe insensatez, que ha intentado, adunada á los esfuerzos del mal espíritu de nuestro siglo, arrancar de raiz del corazon de los mexicanos el amor y piedad hácia la augusta y soberana madre de Dios.

En este dia de gozo en el que la Diócesis de Querétaro consagra á la Soberana Reina y tierna Madre de los mexicanos sus tributos de gratitud, amor y veneracion, mis palabras no deben respirar sino amor; por esto he tomado por tema aquellas, que comprenden, y compendian, cuanto decirse pudiera para significar la ternura de María hácia los mexicanos, y la

dicha, que por misericordia de Dios ha cabido á mi patria México: «*Non fecit taliter omni nationi.*» María, la Reina del cielo y de la tierra, la augusta y soberana madre de Dios, con ninguna nacion ha hecho lo que ha hecho con México. *El amor singular de María á los mexicanos, y la singular gratitud que los mexicanos debemos á María;* ved aquí el asunto, que me propongo ofrecer á vuestra consideracion.

Para desempeñar, empero, la difícil mision, encargada á mis débiles fuerzas, de ser fiel intérprete de los sentimientos de amor y ternura, que abriga para nosotros el corazon de nuestra piadosa y tierna madre, ¿á quien podría ocurrir por socorro, sino á Ella misma, que es la hermosa hija del Eterno Padre, la augusta madre de Dios Hijo y la Esposa inmaculada de Dios Espiritu Santo? Ella tiene en sus manos los dones todos del Altísimo, y solamente por su mediacion se nos dispensan.—Ayudadme por tanto á implorar su auxilio, saludándola reverentemente con el Arcangel, llena de gracia. *Ave Maria.*

Non fecit taliter omni nationi.

Con ninguna nacion hizo tal cosa.

Salmo y verso ya citados.

A la manera que en la profundidad inmensa del Oceano se encuentran profundidades, que á su vez pudieran apellidarse tambien inmensas: como en la hermosura indescriptible de los cielos en una noche de invierno encuentran nuestros ojos puntos de preferente hermosura, que contienen astros de primera magnitud en incontable número: así tambien, cuando dirijo mis miradas al amoroso seno de la augusta madre de Dios, encuentro en el oceano de su inmenso amor profundidades inmensas de ternura; y en el hermoso cielo de sus tiernas caricias el mas precioso afecto; del corazon divino de María, concedido á México, su dulce predileccion.

En efecto, Señores; que el tierno corazon de María nos pertenezca porque ella es la madre de todos los hombres: que su amor sea nuestro, como el seno de una madre pertenece al hijo, porque nos concibió, en medio de crueles angustias, al pie del Calvario, es una verdad de importancia tal, que en ella se fundan nuestras mas dulces esperanzas, las esperanzas del cielo; y de tanta satisfaccion, de consuelo tanto, que ella es el bálsamo que curar puede todas las heridas del alma.

Empero, que María, la Soberana del cielo y de la tierra, la augusta Madre de Dios, haya querido dis-

pensar á México el singularísimo beneficio de su tierna predileccion, es una verdad, que llena el corazon, que satisface á el alma, sin que nada mas sea posible desear.

¿Y no es esta, Soberana Señora, una verdad de que Vos misma, con las manifestaciones inenarrables de vuestro amor, habeis querido certificarnos? En efecto, Señora! para llegar á mi intento de hacer conocer vuestras piedades, y la singularidad de vuestra fineza á los mexicanos, á fin de que crezca en sus corazones la gratitud, que con tanta razon os deben, me basta mostrarles las tiernas é inestimables manifestaciones de vuestro corazon.

Hay verdades, Señores, hay principios de evidencia tal, que basta enunciarlos para que adquieran en nuestro entendimiento el supremo grado de certeza; ved aquí uno, que lleve ese carácter, y debe servir á nuestro intento. Para conocer el amor, y valorizarlo sin equivocacion, apreciándole justamente hasta en sus más pequeños detalles, es, y siempre será la más segura regla, atender á los efectos, á las manifestaciones del mismo amor. Jesucristo lo enseñó así, cuando ha dicho: *Si diligites me, mandata mea servate.* «Si me amais, mostradlo con vuestras obras.» Las obras son como el termómetro mas fiel del verdadero amor.

Bástame haber recordado este principio, para que, si dirijís vuestras miradas al tierno y amoroso corazon de María, os persuadais de que ese divino corazon es un triple oceano de amor y ternura para los mexicanos: de amor universal, con que nos ama porque Ella es la Madre del linaje humano; de amor especial, porque Ella se ha constituido, en este mismo lugar que hoy veneramos, de una manera muy

particular nuestra abogada y tierna madre; de amor singular, porque sin ejemplo nos ha elegido por su pueblo, descendiendo del cielo para ser la Reina y Soberana de México.

¿Quién, Señores, puede dudar de estas verdades? ¿Quién de los que tienen la dicha de pertenecer al cristianismo, puede desconocer los efectos admirables del amor de María, bajo su carácter universal? ¡Nadie por cierto! Es el amor que nació en su corazon en el momento que la palabra del Divino Salvador *vé ahí á tu hijo*; fecundizó su seno, si puedo hablar así, y le hizo sentir los primeros efectos de su maternidad hácia los hombres. Entonces, sobre la ensangrentada montaña del Calvario, entre angustias mortales, fué cuando nació en el corazon divino de María este amor, que la constituyó Corredentora del género humano! Entonces fué cuando Jesucristo ofrecía á Dios Padre el sacrificio de su vida, y María, en pie, con la firmeza que había de servir de ejemplo á los futuros mártires, ofrecía el de su Divino Hijo, sacrificándole en las aras de su amor por la salud de sus nuevos hijos! ¡Amor inmenso! ¡el mayor de todos los amores! porque conforme á la enseñanza de la Eterna Verdad, ningun amor es mas grande que aquel que dá la vida por sus amigos. *Majorem charitatem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* ¡Y Vos, Señora, habeis dado la Vida de vuestra vida, al Hijo divino de vuestras entrañas, entregándole á la muerte mas cruel é ignominiosa por la salvacion de los miserables mortales!

En este oceano de amor divino estamos comprendidos sin duda alguna, hermanos míos, porque habiéndonos cabido la dicha de ser cristianos, somos

hijos de esta amorosa madre, que al pie de la cruz nos concibió en su seno.

El amor que acabamos de considerar puede muy bien compararse con aquel que Dios tiene á todos los hombres, y por el cual les dispensa beneficios comunes, aunque no por eso menos dignos de estimacion. Contemplando este amor, y fija su mirada en esas manifestaciones, gratuitas y admirables sin embargo de ser comunes, con que el paternal amor de Dios favorece á los hombres en general, exhortaba justamente el Profeta Real á su pueblo para que reconociese la misericordia de Dios, y adorase la omnipotencia de su poder; pero cuando contempla á Israel, como el pueblo escojido y predilecto del Señor; cuando reconoce el particular amor de Dios á este pueblo; no pudiendo contener sus afectos, exclama lleno de gratitud su corazón: «*Lauda Jerusalem Dominum, lauda Deum tuum Sion.*» Alaba Jerusalem al Señor, alaba Sion á tu Dios!

Este amor especial es, en verdad, tanto mas apreciable y digno de nuestra gratitud, cuanto es mas gratuito y menos debido. «*Miserebor cujus miserebor, et misericordiam praestabo cui voluero.*» En efecto, Señores: Dios es dueño absoluto de sus dones, y por lo mismo tambien absolutamente libre en distribuirlos: siendo una verdad indudable, que, amando Dios á todos los hombres con un amor grande y muy verdadero, suficiente sin duda alguna para salvarles, ama á algunos de un modo particular, ó sea con mayor amor, dispensándoles favores que llevan el mismo carácter. El pueblo judío, predilecto de Dios, es uno de tantos testimonios de esta verdad.

¿Qué tiene pues de extraño, que del mismo modo

el tierno corazón de la madre de Dios tenga tambien pueblos de su predileccion? ¿Y no eres tú, México, uno de los que ocupan lugar en este especial amor del corazón divino de María? ¡No lo dudeis, Señores! De conformidad con el principio ya enunciado, el amor de carácter particular debe conocerse por favores y beneficios, tambien particulares. ¿Y en estos momentos en que cada uno de vosotros ha querido, con justa emulacion, ser el primero en mostrarse agradecido á tan tierna y bondadosa madre: cuando os veo venir de lejanas tierras en edificante peregrinacion sacrificando vuestros pequeños intereses, cercenando aun de lo mas necesario á vuestro sustento para verificarla; tomando otros el báculo del peregrino para recorrer á pie la distancia de sesenta leguas, que os separaba de este lugar: cuando presididos por vuestro Ilustrísimo Prelado, habeis venido representando á uno de los pueblos mas importantes de México, y ahora, reunidos ante el altar de María, celebrais con magnífico esplendor el recuerdo de sus tiernas finezas, ¿tendré yo necesidad de recordáros las? Cuando cada uno de vosotros, lleno el corazón de tiernas emociones, se dirá sin duda así mismo, como Jacob en otro tiempo: ¡Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo! ¿me será necesario recordaros, que este lugar, que ahora pisais, es el mismo consagrado con la real presencia de la Soberana Reina del cielo? ¿Tendré que traer á vuestra memoria que estamos en el lugar mismo en donde, con admiracion de los ángeles, descendió la augusta Madre de Dios, y con dulce sonrisa hizo saber á un pobre indio, que era su voluntad elegir á los mexicanos para que fuesen sus hijos, como Ella sería en adelante la tierna madre y abogada

piadosa de los mismos? «*Elegi et sanctificavi locum istum ut sit ibi nomem meum et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*» «Elegí y santifiqué este lugar para que esté en él mi nombre, y permanezcan mis ojos y mi corazón en él para siempre.»

Estoy persuadido, Señores, que me habeis precedido en la contemplación de las particulares finezas, que la augusta y Soberana Señora ha dispensado á México, y no dudo, que en estos mismos momentos, al recuerdo de tales favores y en presencia de su divina imagen exclamais en vuestro corazón, sobrecojidos de amor y ternura, como la madre del Bautista en otra ocasión: «*Unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me!*» ¡De dónde á México dicha semejante, que la Madre de Dios en persona haya venido á visitarle! Ved aquí un amor particular, que sin duda no dispensa esta celestial Señora á todas las naciones.

Con todo, Señores, sería desconocer el amor de María á los mexicanos; sería no conocer su corazón divino, si creyésemos no tener otra cosa más que agradecerle. María ama á México de una manera verdaderamente singular; y este amor es para México el timbre verdadero de su nobleza y de su gloria.

¡México, patria querida, tu puedes sin rubor presentarte en medio de las más poderosas y engrandecidas naciones! ¡Tu eres grande, porque, gracias al cielo, cuentas en tu seno hijos, cuyo noble corazón y esclarecido talento nada tienen que envidiar á los hombres de las viejas naciones! ¡porque tu suelo excede en riqueza y fertilidad al de innumerables pueblos, que vienen á tus puertas á pedirte pan; y en una palabra, porque te bastas á ti misma para prosperar y ser feliz! Em-

pero, si carecieras de esos títulos de mundanal grandeza, te bastaría, uno solo, para ser, como lo fué Israel en medio de los pueblos, la primera nación en medio del mundo. ¡Mira ahí tu gloria! ¡tus verdaderos y más gloriosos timbres de grandeza! ¡María, la augusta madre de Dios, coronada por la mano misma del Altísimo, es por dignación suya tu Reina y Soberana! No tengo necesidad, Señores, de aducir pruebas para persuadirlos de esta verdad, que os pone en posesión del amor más tierno y singular de la madre de Dios: intentararlo solamente, sería ofender vuestro sentido común, y la piedad de vuestro corazón.

¿O qué, sería posible dudar lo que mis labios acaban de expresar? ¿por ventura, esa Señora, soberana del cielo y de la tierra, que lleva la luna á sus plantas, á quien reviste el sol, y cuyas vestiduras ornán las estrellas, habiéndose dignado venir á nosotros, podía haber ocupado en México otro lugar, que no fuese el de Reina y Soberana? ¿No lleva la real corona ceñida ya á su frente por la diestra del Dios omnipotente, cuando, en su misericordia la envió para hacer la felicidad de este pueblo? «*Et dixit mihi in Jacob inhabita et in Israel haereditare, et in electis meis mitte radices.*» «Habita en Jacob, toma tu herencia en Israel, y permanece radicalmente, de asiento, con este pueblo á quien yo elegí.»

¡Con razón la Santa Iglesia, después que la hubo declarado nuestra Patrona Nacional, ha decretado ofrecerle una corona de oro en testimonio de que la reconoce por la Reina y Soberana de México! ¡Pueblo feliz, ve ahí á tu Reina! ¡Ella está y vive contigo!

En efecto, Señores, no es solamente la posesión de su sagrada Imagen, lo que constituye la dicha de Mé-

xico; lo es ante todo la presencia misma de Maria en medio de nosotros: presencia verdadera, presencia real: porque, aunque corporal y físicamente ocupa en el cielo su esplendoroso trono de gloria, sin embargo sus ojos nos ven, sus oídos escuchan nuestras plegarias, su corazón nos ama, y está siempre solícita de remediar nuestras necesidades! No de otro modo el Soberano de un reino, sin dejar de ocupar su trono, está presente, por el real influjo que ejerce, en todos los lugares del Reino. ¿Y quién puede desconocer el influjo constante, universal, y siempre creciente de la Santísima Virgen de Guadalupe en México? Si me propusiera enarrar los favores que en todo tiempo Ella nos ha dispensado, confieso que me faltaría lengua para publicarlos: porque de sus finezas puede decirse, lo que dice la Escritura Santa de la bondad infinita de Dios: *¿Quién es bastante para contar menudamente sus obras? ¿ó quién investigará sus maravillas?* Ahí están nuestros anales, que consignan mil y mil favores dispensados á México por la solícitud de nuestra tierna madre: beneficios no solamente individuales; sino innumerables tambien, que justamente deben ser llamadas nacionales.

Empero, Señores, si no basta lo expuesto para reconocer el singular amor de la inmaculada Virgen Maria al pueblo mexicano: si dudais aun de la exactitud con que fueron aplicadas á la madre de Dios estas palabras: *Non fecit taliter omni nationi;* leed, si sabeis entender el lenguaje del amor, en aquel rostro encantador y divino: leed en todo el conjunto de ese bello original trazado por la mano misma del Altísimo. ¡Sus manos levantadas al cielo para atraernos de allá los mas preciosos dones, que encontrarse pueden en la diestra del Eterno, y sus ojos vueltos hácia

abajo, como la cariñosa madre, que no puede separar la vista ni un momento de sus tiernos pequeñuelos! ¿No leéis en ese rostro divino un amor tanto más tierno y ardiente, cuanto mas condescendiente se muestra con nuestra miseria, puesto que lo ha revestido de las formas mas sensibles?

¡Oh corazón infinitamente generoso de la madre de Dios! ¡No bastó á la ternura de tu amor aceptarnos por tus hijos al pié de la cruz, ensangrentada con la sangre preciosa de tu Divino Hijo á quien ofreciste al Eterno Padre por nuestra redencion! ¡Ni fué bastante tampoco descender del cielo á esta pobre montaña y declarar tu voluntad de ser madre especial de los mexicanos! ¡Haz querido tambien reinar sobre nosotros, eligiéndonos bondadosamente por tu pueblo! pero, Señores, Ella ha querido ser nuestra Reina de un modo tan singular, que en el mundo no tiene ejemplo: Ella reina, en efecto, y siempre reinará sobre todos los pueblos, porque, levantada por Dios sobre todas las criaturas, su poder supremo es reconocido en el cielo, en la tierra y hasta en el profundo abismo, habitación infeliz de los réprobos; pero en todas partes, notadlo bien, Ella es la Reina que amando al esclavo le sublima para hacerle llegar hasta su trono; en México obra de otra manera: ¡es la Soberana, que desciende desde su augusto trono de gloria anonadándose, para envilecerse, si puedo decirlo así, en la bajeza misma del esclavo!

¿No cabe duda, Señores, lo habeis comprendido? La madre de Dios ha querido bajarse hasta nosotros, y pertenecer á nuestra raza, haciéndose ¿me atreveré á decirlo? si, no cabe duda ¡haciéndose mexicana!

Si digo mal, Señora, si te ofende mi palabra, no

me engañe tu rostro encantador y divino: porque á la verdad, la modestia y belleza de tus ojos, el azabache de tu pelo, y el moreno de tu rostro te denuncian, no por la Virgen judía, ¡sino por la mas hermosa Virgen del Anáhuac!

Ya veis, Señores, con cuanta razon México pronunciará siempre con la mas tierna gratitud y el mas legitimo orgullo, aquellas palabras, que le enseñó á pronunciar el Pontífice Supremo de la Iglesia: «*Non fecit taliter omni nationi.*» «No ha hecho cosa igual á alguna otra nacion.»

Empero un amor semejante, que no tiene semejante en el mundo ¿qué correspondencia pide de nuestra parte? ¿qué exige justamente de México? Ved aqui lo que naturalmente debemos preguntarnos, despues de las reflexiones anteriores.

Inutil sería demostrar que todo el amor de nuestros corazones sería apenas un debil tributo de la gratitud que debemos á la Soberana madre de Dios. Es esta una verdad tan patente á todos que por su misma evidencia, es incapáz de ser demostrada. Pero no debo pasar en silencio que este tributo de nuestra gratitud jamás será completo, en cuanto puede serlo, si al amor que sin duda profesamos á nuestra Nacional Patrona, como objeto del culto religioso, no añadimos el que le debemos tambien, como objeto, si puedo decirlo así, el mas querido de nuestra patria.

Que esto sea así, Señores: que la Soberana Reina exige de nuestro vasallaje hasta ese afecto de nuestro amor, y por lo mismo, que no será completa nuestra gratitud si nó se lo consagramos, pide, mas bien que una demostracion, una sencilla reflexion. Os pido por un momento mas vuestra atencion.

La gratitud Señores, es una virtud que tiene por objeto corresponder al amor; y, como enseña el Angélico Maestro, mira al afecto del amante que hace el beneficio, mas que al beneficio mismo. Esto quiere decir: que para ser justamente agradecidos, nuestros afectos deben corresponder á los afectos de nuestro bienhechor. Empero si analizamos, sea por un momento, los afectos del amor de María, tal cual lo hemos considerado poco antes, se desprende desde luego: que Ella nos ama bajo un doble respecto: como á cristianos é hijos de la fé, nos ama con el amor de una cariñosa y tierna madre: como á mexicanos é hijos de esta nacion, nos ha amado con el amor de una Reina, que adoptó nuestra raza haciéndola suya, y nos honró, llamándonos su pueblo. En consecuencia: la gratitud exige que nuestro corazon le consagre tambien un doble afecto: el tierno amor de amantes hijos, y el respetuoso y leal de fieles vasallos. Y justamente Señores: permitid explicarme.

Es una verdad indubitable que María, madre de Dios, así en los decretos eternos del Altísimo, como en la realidad actual de las cosas, está de tal manera vinculada á la religion cristiana: pertenece de modo tal al cristianismo; que es imposible concebir este sin María, como lo es concebirlo sin Jesucristo. Ella entra en la religion, como un objeto necesario é imprescindible; de tal manera, que es imposible la existencia formal del cristianismo sin María.

Ahi está el protestantismo, distante de la verdadera religion cristiana cuanto dista del cielo el profundo abismo: y es porque desconoce á María, cuando no la honra como á la madre de Dios.

Esta verdad evidente nos conduce naturalmente

al conocimiento de otra que presenta para nosotros el mayor interés: la Nación mexicana, nuestra patria México, no existe, ni puede existir bajo la razon formal que actualmente tiene, sin María de Guadalupe.

No os parezca, Señores, una paradoja, ó una asercion nacida del deseo de decir algo nuevo: ni siquiera es una hipérbole piadosa de mi amor á la madre de Dios. No, Señores, esta última proposicion me parece realmente tan verdadera como la primera: porque está fundada en principios análogos á los de aquella.

¿Quien puede en efecto dudar, que nuestra Patrona nacional, la Santísima Virgen de Guadalupe, se encuentra en primer término entre los diferentes objetos que comprende la compleja significacion de nuestra Patria? No cabe duda, Señores; nuestra Patria es nuestro suelo, nuestros conciudadanos, nuestras instituciones, nuestro hogar, nuestro pabellon nacional, y sobre todo, nuestro soberano, nuestro Rey, nuestro Jefe Supremo: cualquiera que sea la denominacion que se le dé: porque en toda sociedad ordenada ninguna cosa es tan noble como la cabeza, supremo miembro en el cuerpo moral. ¿Y qué, Señores, es una paradoja, que la Santísima Virgen Santa María de Guadalupe, sea la Soberana y Reina de México? Si pues Ella es, sin que alguien pueda dudar, la Reina y Soberana de este pueblo, sin Ella, ¡México no puede existir como tal nacion!

¡Oh! Señores; la Religion y la patria: ¡ved aquí los objetos mas grandiosos del corazon del hombre que merece serlo! y si María pide nuestro amor de cristianos; la gratitud exige que tambien consagremos

para siempre á nuestra Reina y Soberana el amor que le es debido como objeto que merece reasumir en si las afecciones mas dulces debidas á la Patria. Por lo mismo, Señores, ningun mejicano puede prescindir de amar y venerar á la Soberana Reina de México sin haber antes merecido los odiosos epítetos de impío y juntamente traidor.

¡México pues, Señora, os pertenece, como vos habeis querido pertenecer á México! Por tanto; como cristianos os reconocemos y veneramos por nuestra piadosa y tierna madre: en tanto que, como mexicanos, os proclamamos con todo el corazon por nuestra Reina y Soberana: jurandoos, como fieles vasallos, eterno amor y fidelidad. ¡Ah! Señora, tu sabes cuanto México te ama. Todos los pueblos te bendicen; todos te reconocen con profunda gratitud, como á su piadosa y buena madre.

Aquí teneis ahora postrado á tus plantas á mi pueblo; al pueblo de Querétaro, que, representado por los piadosos queretanos que están en tu presencia, unidos á su vigilante y solícito Pastor, viene hoy á pagaros el dulce tributo de su amor y veneracion: á efrecerte sus alabanzas por los beneficios que reconoce haber recibido de tu bondadosa mano: y en fin, á exponerte sus necesidades, cierto de que hallará en tu amoroso seno el consuelo, la paz y el remedio de todos sus males.

Escucha pues sus oraciones, Virgen piadosa: hazle sentir las dulzuras de tu amor; enjuga sus lágrimas, remediando todas sus necesidades, y recibe complacida las amorosas protestas de su corazon: Mostradle, Señora, con cuanta verdad se ha dicho, y se dirá siempre de vos; que á ninguna nacion habeis amado

con el amor y ternura que al pueblo mexicano: *«Non fecit taliter omni nationi.»*

Para cerrar mis labios permitidme, Señora, que á mi nombre y al de toda la Diócesis queretana, eleve hasta tu corazón piadoso nuestra más ferviente y humilde plegaria: que dirijas, Señora, hácia nuestro amantísimo y muy venerado Prelado una mirada de tierno y maternal amor. Conserva su vida interesante para nuestra edificación, á fin de que continúe fomentando tu culto y devoción: y cuando tenga que pagar el tributo impuesto por Dios á la humanidad, visítale, como él tantas veces te ha visitado en tu Santuario: librale de los horrores de aquel trance, acariciándole como tierna madre, cubriéndole bajo tu manto, y protejiéndole como su poderoso abogado.

En fin, Señora, te rogamos por todo el pueblo queretano: por las personas que, no pudiendo tener la dicha de visitarte, nos encargaron presentarte sus necesidades. En suma, concede á México, tu patria adoptiva, el triunfo de la fé sobre los errores del siglo; el triunfo de la virtud sobre las mundanales pasiones y el reinado de Jesucristo sobre el de satanáas, para que, reinando Dios en nuestros corazones en el tiempo, reinemos con El y seamos felices en la eternidad. Amen.

